

***LA ECLESIALIDAD DE LA FE COMO MEMORIA  
PROVOCADORA Y COMPASIVA. APORTES DE  
JOHANN BAPTIST METZ EN 'MEMORIA PASSIONIS':  
UNA EVOCACIÓN PROVOCADORA EN UNA  
SOCIEDAD PLURALISTA'***

*Juan Pablo Espinosa Arce*

Sumario: El artículo busca indagar en la dimensión eclesial de la fe cristiana presente en la teología de Johann Baptist Metz y la teología política. En esta obra, el autor se pregunta cómo el cristianismo ha de anunciar su mensaje en medio de las actuales condiciones marcadas por el signo del pluralismo. El cómo del anuncio se encuentra para Metz en la compasión, la cual será la actitud que permitirá que el cristianismo dialogue con otras manifestaciones, tanto religiosas como sociales, políticas o culturales. A nivel de las religiones el diálogo es calificado por el autor como ecúmene indirecta de las religiones, el cual constituye el espacio por el cual las religiones se enfrentarán a las grandes situaciones de injusticia y sufrimiento del mundo. Lo anterior sienta las bases para que Metz pueda abogar por una renovación en la Iglesia a partir de la compasión la cual signifique pensar y realizar una teología de carácter policéntrica y multicultural. El pluralismo para nuestro autor representa en última instancia una oportunidad vital para repensar el carácter universal (catolicidad) de la fe cristiana a la vez que exige un nuevo reposicionamiento de la religión cristiana en el espacio público.

*Summary:* The article seeks to investigate the ecclesial dimension of the Christian faith present in the theology of Johann Baptist Metz and political theology. In this work, the author asks how Christianity has to announce its message amid the current conditions marked by the sign of pluralism. The way of the announcement is for Metz in compassion, which will be the attitude that will allow Christianity to dialogue with other manifestations, both religious and social, political or cultural. At the level of religions, dialogue is described by the author as an indirect ecumene of religions, which is the space by which religions will face the great situations of injustice and suffering in the world. This provides the basis for Metz to advocate for a renewal in the Church based on compassion which means thinking and realizing a theology of a polycentric and multicultural nature. Pluralism for our author ultimately represents a vital opportunity to rethink the universal character (catholicity) of the Christian faith while at the same time demanding a new repositioning of the Christian religion in the public space.

Palabras clave: Compasión, órganos de la gracia, memoria, pluralismo, ecúmene indirecta de las religiones

*Key words:* Compassion, organs of grace, memory, pluralism, indirect ecumene of religions

Fecha de recepción: 26 julio de 2018

Fecha de aceptación y versión final: 30 noviembre de 2018

La obra *Memoria passionis: una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, escrita en 2006, se considera un texto de madurez dentro del trabajo teológico de Johann Baptist Metz. Los comentaristas la ubican dentro de la segunda fase de desarrollo de la Nueva Teología Política, en la que ésta es presentada como una teología fundamental práctica iluminada por la temática de la *memoria passionis*.

Ahora bien, si se consideran los 30 años de diferencia entre *La fe en la historia y la sociedad* (1977), obra programática de Metz, y *Memoria Passionis* (2006) se puede reconocer que la orientación teológica, los temas y las preocupaciones del autor varían, aunque el espíritu de la Nueva Teología Política se mantiene. A juicio de Omar Ruz,

“la importancia de esta última obra tiene que ver con el nuevo contexto en el que Metz ubica su Teología Política (...) A treinta años de “*La fe en la historia y la sociedad*”, no sería del todo erróneo señalar que *Memoria Passionis* es una cierta relectura de su anterior obra en un nuevo contexto y con un nuevo punto de partida. El contexto ya no es la cosmovisión moderna sino la posmoderna; el punto de partida ya no es la cuestión del sujeto, sino la cuestión de la teodicea”<sup>1</sup>.

La temática de la teodicea, o de la pregunta acerca del lugar que Dios ocupa en el sufrimiento de la persona humana, es fundamental para Metz, ya que a su juicio este aspecto viene a preparar la posterior reflexión sobre la *memoria passionis*. Con la recuperación del cristianismo y de la teología como teodicea “el cristianismo se perfila como una religión que mira al mundo”<sup>2</sup>. Gracias al concepto de teodicea se puede comprender mejor cuál es la intención del autor al hablar de *memoria passionis*, o de asumir el sufrimiento de la persona como autoridad al momento de hacer teología.

El porqué de la pregunta de Metz por el lugar del Dios cristiano en la historia del sufrimiento, se debe fundamentalmente al impacto que el Holocausto tuvo en su biografía teológica. Haber experimentado el exterminio ocasionado por el régimen nazi, lleva a nuestro autor a sostener que no se puede seguir siendo cristiano de espaldas a la historia de dolor y muerte de la humanidad. Algo de ese dolor debe impactar en las generaciones futuras y en el discurso teológico o religioso que construimos. Así, el propósito final de Metz en esta obra es lograr que la teología, entendida como *fides quarens intellectum*, asuma el desafío de la sensibilidad hacia la universal historia de los sufrientes.

La obra, compuesta por artículos y escritos anteriores y reelaborados por el autor, se divide en dos partes: (1) “*Memoria passionis: con la vista puesta en el mundo*”, la cual se divide a su vez en cuatro apartados: a) “En medio de las historias de sufrimiento y catástrofes de nuestra época”; b) “En la época de la crisis de Dios”; c) “Contra el hechizo de la amnesia cultural”; d) “En la época de la globalización”. En esta primera parte, el autor busca sobre todo contextualizar la época presente, como es el resultado de guerras

<sup>1</sup> M. OMAR RUZ, *Nueva teología política. Desarrollo del pensamiento de Johann Baptist Metz*, Ediciones Universidad de Córdoba, Argentina 2010, 176.

<sup>2</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Sal Terrae, Santander 2007, 11.

y exterminios, sobre todo el Holocausto, y luego hacerse la pregunta sobre dónde estaba Dios en medio de estas historias de sufrimientos, y cómo la teología reaccionó ante ella. En total, la primera parte consta de 13 capítulos.

La segunda parte (2) “Memoria *passionis*: perspectivas en torno al procedimiento de fundamentación”, se compone de cinco capítulos. El propósito de esta segunda parte es asumir que el concepto de *memoria passionis*, hilo conductor de todo el libro, debe ubicarse dentro del espacio público como estructura de discurso de corte compasivo y provocador, en cuanto que rescata las voces de los sufrientes. Evitar la amnesia cultural y proponer una hermenéutica de la memoria narrada es el objetivo final de Metz en toda su propuesta teológica.

Aquí indagaremos cómo esta obra de la madurez de Metz nos puede proporcionar algunos elementos y categorías para repensar la eclesialidad de la fe, de manera de ubicar la experiencia creyente en Jesucristo al centro de la discusión pública, de manera de no aislar la fe, la que posee una clara dimensión social y política. Para ello se procederá del siguiente modo: en primer lugar, una presentación del concepto de *memoria passionis* como fundamento de dicha condición comunitaria cristiana. En segundo lugar, una reflexión sobre cómo la fe del creyente contiene la capacidad de compadecerse ante el sufrimiento ajeno. Se estudiará así la teología y la fenomenología de la compasión. En tercer lugar, la propuesta de la metáfora metziana del “elefante católico”, que es entendida por nuestro autor como la imagen más apropiada para explicitar una nueva reforma en la Iglesia basada en la compasión. En cuarto lugar, una profundización en el desafío del discurso teológico realizado en medio de nuestra sociedad, que Metz califica como eminentemente pluralista. Se tratará, por tanto, de abordar la *ecumene* de la compasión, es decir, cómo el cristianismo desde su propia identidad dialoga con otras confesiones religiosas, cristianas y no cristianas para enfrentar así el desafío de dar respuesta al dolor y al sufrimiento del otro. Finalmente se ofrecerá la recapitulación de este capítulo.

## 1. La memoria *passionis* como fundamento de la eclesialidad de la fe

Sin duda, uno de los conceptos más representativos de la teología política de Johann Baptist Metz es el de *memoria passionis*. En la obra que ahora nos guía, el tema de la memoria de la pasión de Jesucristo y de la pasión de los miles que prolongan los padecimientos del Hijo de Dios, aparece como eje transversal del trabajo del teólogo de Münster. ¿En qué sentido se sostiene que la *memoria passionis* constituye el fundamento de la eclesialidad de la fe? ¿De qué o de quién se hace memoria? ¿Por qué, en definitiva, esta memoria, teológicamente entendida, posee una dimensión social y política? En primer lugar, “la *memoria passionis* no es sólo un recuerdo del pasado, sino una evocación del sufrimiento que conlleva una praxis contemporánea”<sup>3</sup>. Es decir, la memoria que se ha venido transmitiendo gracias a la comunidad creyente, no debe quedar sólo como un discurso estereotipado, sino que ha de convertirse en un vehículo de transformación social que vaya dirigido a los que sufren.

<sup>3</sup> M. OMAR RUZ, *Nueva teología política*, 179.

La memoria, a su vez, constituye el fundamento mismo del discurso sobre Dios. La teología debe hacerse *sensible*, a juicio de Metz, de manea de “asegurar el universalismo y la capacidad de verdad de un discurso sobre Dios tan arriesgado, con la ayuda sobre todo de la categoría de *memoria passionis* – en el sentido de rememoración – del sufrimiento ajeno”<sup>4</sup>. Sólo considerando el sufrimiento de los otros, la urgencia de hacer recuerdo de la historia de los vencidos, la teología cristiana abandonará su inocencia social, histórica y cultural. El que habla de Dios necesariamente deberá referirse a los otros, y especialmente de los otros que sufren. Hacer teología es también hacer una antropología cristianamente situada.

Con esto se evidencia cómo la *memoria passionis* conlleva una dimensión eminentemente política. La compasión, como experiencia social y comunitaria, nos permite reconocernos como miembros de determinados grupos humanos. En medio de estas comunidades vamos estableciendo relaciones de reciprocidad y alteridad con otros, entre los cuales se encuentran los sufrientes. Con ellos hemos de experimentar una mayor compasión.

En este sentido, la compasión viene a representar el vínculo que el creyente establece con Dios (sentir con Él en Cristo) y el que establece con sus semejantes (compadecerse del sufrimiento ajeno). Hacer memoria del sufrimiento de los otros significa comprender la misión universal del cristianismo en su comprensión como “una cultura de la empatía, del reconocimiento de los demás en su alteridad y en una ética de la convivialidad”<sup>5</sup>. Los temas de empatía, reconocimiento y de convivialidad fundamentan el sentido primero de la eclesialidad de la fe.

Crear en el Dios de Jesús, involucra creer en los demás y creer en el mundo, en las historias y en las biografías de los otros, sobre todo de los que sufren. Es en este sentido en que Metz reconoce que los sufrientes otorgan *autoridad* tanto a la Iglesia como a la misma teología. En relación a esto, Metz sostiene que “esa autoridad de los que sufren es la única en que se puede manifestar la autoridad de un Dios Juez para todos los seres humanos en el mundo. En obediencia a ella se constituye la conciencia moral, y aquello que llamamos la voz de la conciencia es nuestra reacción a la afectación por el sufrimiento ajeno”<sup>6</sup>.

Dejarnos afectar por el dolor de los otros, hacer *memoria passionis* tanto de Jesucristo como de aquellos y aquellas que sufren, de todos los que solemos excluir de nuestro campo visual cotidiano, tanto sensitivo como metafórico, nos permite comprender que la eclesialidad de la fe pasa también por el testimonio de la historia de dolor de los rostros ajenos y sufrientes. Sólo así, sostiene Metz, podremos caer en la cuenta de que

“solo puede haber discurso de mi Dios si se mira a los demás a los ojos (a los extraños, a los otros), sabiendo que Dios solo puede ser mi Dios si también lo puedo rezar como el Dios de los demás, de todos los de-

<sup>4</sup> J.B METZ, *Memoria passionis*, 249.

<sup>5</sup> J.B METZ, *Por una mística de ojos abiertos: cuando irrumpe la espiritualidad*, Herder, Barcelona 2013, 53-54.

<sup>6</sup> J.B METZ, “*Compasión. Sobre un programa universal del cristianismo en la era del pluralismo cultural y religioso*”, <http://www.foroellacuria.org/publicaciones/metz-compasion.htm> (Consulta del 20 de Julio de 2018).

más, tal y como los encuentro a diario en este universo del destino: es decir, también como al Dios de los huyen, se hunden, pasan hambre, se queman”<sup>7</sup>.

La exigencia teológica, eclesial e incluso pastoral de Metz no deja de ser menor, ya que exige que como creyentes no aprisionemos a Dios en nuestras ideas religiosas preconcebidas, sino que lo dejemos actuar y manifestarse como el Misterio que es. La eclesialidad de la fe sólo se comprende verdaderamente en el momento en que pasamos de hablar de “mi Dios” y comenzamos a llamarlo “nuestro Dios”, o siguiendo la oración de Jesús como el *Padre Nuestro*, el Señor de todos, espacialmente de aquellos con los que se quiso identificar, los pobres y marginados (Cf. Mt 25, 31-35).

Gracias a la *memoria passionis*, es decir padeciendo con Dios y con los demás (es decir, la compasión), estaremos comprendiendo lo que Metz llama la *muerte del yo*:

“la autorrelativización de nuestros deseos e intereses preconcebidos – desde la disposición a dejarse interrumpir por el sufrimiento ajeno (...) Pero no como una renuncia al yo, como desaparición del yo en el vacío informe de un universo desprovisto de sujetos, sino como la incorporación cada vez más profunda a una alianza mística entre Dios y el ser humano (...) pero requerido en una mística de la *compasio: pasión por Dios que se experimenta y acredita como com-pasión, como mística de ojos abiertos*”<sup>8</sup>.

Este es el sentido político de la memoria compasiva, el dejar que el yo narcisista e intimista muera para así incorporarse a la Alianza que Dios ha querido establecer con el hombre, pacto que también involucra la alteridad entre los sujetos.

## 2. La fe del creyente y la capacidad de compadecerse ante el sufrimiento ajeno

Si la fe significa un movimiento positivo que va del creyente hacia Dios, también involucra un movimiento de horizontalidad, de búsqueda del sentido comunitario y eclesial, en el cual comprobamos que el sujeto es capaz de compadecerse del sufrimiento ajeno. Para Metz existe una idea clave en la comprensión del cristianismo como religión sensible al sufrimiento del hombre, a saber, que la fe debe vivirse como una mística de los ojos abiertos. Sólo con una visión, la del sujeto individual, que se deja interrumpir por los ojos, los rostros y los relatos de los demás, especialmente de los que sufren, la experiencia creyente en Dios se transformará en una vivencia y en una praxis transformadora que vendrá a superar el dolor, manifestado el “dolor social, en el dolor por la pobreza y la indigencia, un dolor cultural, dolor por la ajenidad y la pérdida de dignidad”<sup>9</sup>. Esta superación nos viene exigida en última instancia por la fe en el Dios de Jesús, el cual nos invitó a reconocer que el amor que le profesamos va indisolublemente

<sup>7</sup> J.B. METZ, *Por una mística de ojos abiertos*, 62.

<sup>8</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 167-168.

<sup>9</sup> J.B. METZ, *Por una mística de ojos abiertos*, 69.

unido al amor que hemos de sentir por el prójimo, amor manifestado en la vivencia de la compasión.

Mariano Crespo, hablando de la compasión, sostiene que el sufrimiento constituye la experiencia que ha acompañado al hombre desde el inicio. En la vida tenemos experiencias de alegrías y de dolor, de esperanza y de sufrimiento. También tenemos la experiencia del dolor y de las alegrías de los otros. Es por ello que nos toca con-dolernos y con-alegrarnos, compadecernos, compartir dolor y alegría, ya que en definitiva también puede ser el nuestro. Es entonces cuando se nos presenta el fenómeno de la compasión.

Sostiene Crespo que “un eventual compadecer tiene como condición de posibilidad un captar el sufrimiento del otro, un tener noticia de este”<sup>10</sup>, aprehensión de las vivencias de otros sujetos con los cuales voy creando una historia de afectividad y de responsabilidad. Viene a nuestro recuerdo la sentencia del Apóstol Pablo cuando invita a los Romanos a alegrarse con los que están alegres y a llorar con los que lloran (Cf. Rm 12,15). De esto podemos sostener, sin miedo a equivocación, que la compasión involucra la eclesialidad, ya que el sufrimiento y la alegría, aunque poseyendo un claro aspecto individual y personal, termina involucrando al resto de la comunidad, a la totalidad de la Iglesia. Mis alegrías y mis tristezas terminan siendo alegrías y tristezas de otros.

Es interesante aquí proponer un ejemplo para la vivencia de la *eclesialidad de la compasión*, a saber, las narraciones de las parábolas de la misericordia presentes en Lucas 15. Tanto la de la oveja perdida, la moneda y la del hijo pródigo involucran el compartir los sentimientos por parte de sus protagonistas. Así, el pastor al encontrar la oveja comunica su suerte a los amigos y vecinos, a los cuales invita a la alegría del hallazgo. Lo mismo la mujer: cuando encuentra la dracma perdida invita a sus amigas y vecinas a alegrarse con ella. El padre, finalmente, hace fiesta cuando recobra a su hijo menor. En definitiva, la compasión y la misericordia, la acción de Dios en medio de las historias de sufrimiento o de pérdida terminan convirtiéndose en historias de encuentros, de resurrección y de profunda alegría. Lo mismo puede desprenderse de la parábola del Buen Samaritano, en que los tres personajes que pasan al lado del hombre caído captan el sufrimiento en un nivel más formal. Y Metz sostiene: “sin embargo, en el samaritano hay algo más que la aprehensión intelectual en virtud de la cual se compadece”<sup>11</sup>.

Ahora bien ¿qué características ha de tener una fe basada en la compasión? Para Metz, que la fe cristiana no es sólo escucha, sino que también es ver, contemplar, ampliar la mirada y el horizonte de nuestra propia visión. Y es por esto que se hace especial hincapié en la “indisoluble unidad del amor a Dios y al prójimo. Nuestra fe en Dios no es una fe de ojos cerrados, sino una fe de ojos abiertos, de rostro a rostro”<sup>12</sup>.

Metz otorga un lugar especial al tema de la escucha, de la visión, de los oídos y de los ojos como formas de vivencia de la comunión de fe, es más, Metz sostiene que “al final, no solo los oídos sino también los ojos son un *órgano de la gracia*”<sup>13</sup>. ¿Qué significa

<sup>10</sup> M. CRESPO, “Prolegómenos a una fenomenología de la compasión”, en *El valor ético de la afectividad. Estudios de ética fenomenológica*, Ediciones UC, Santiago de Chile 2012, 86.

<sup>11</sup> M. CRESPO, “Prolegómenos a una fenomenología de la compasión”, 87.

<sup>12</sup> J.B. METZ, *Por una mística de ojos abiertos*, 97.

<sup>13</sup> J.B. METZ, *Por una mística de ojos abiertos*, 57.

esto de los órganos de la gracia? ¿Qué involucra una interpretación de la eclesialidad de la fe basada en esta metáfora? Para poder responder a esto, se recurrirá nuevamente al Nuevo Testamento, y en él, al inicio del Ministerio Público de Jesús relatado por Lucas 4. Jesús en Nazaret proclama el anuncio mesiánico de Isaías, y se dice que el Espíritu lo ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres, a proclamarles la libertad, a darles la *visión* proclamando un Jubileo (Cf. Lc 4,18-19). Al finalizar la lectura, Jesús declara: “Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy” (Lc 4,21).

El inicio de los tiempos mesiánicos, de los tiempos de la unción del Espíritu, están marcados por la apertura de ojos y de oídos, por el restablecimiento de la capacidad de ver y oír, no sólo de los sanos sino que especialmente de aquellos enfermos, marginados y socialmente invisibles. La mirada de Jesús se ha posado sobre los ojos de los ciegos del cuerpo y del espíritu. Pero Jesús también reconoce que existen algunos que “teniendo ojos no ven” (Mc 8,18). En Jesús y en su “primera mirada”, nos dice Metz, acontece una “responsabilidad por el mundo desde la sensibilidad hacia el sufrimiento”<sup>14</sup>.

Esta mirada de Jesús no se dirige en primer lugar al pecado sino que busca el rostro sufriente de sus interlocutores. ¿Cuáles son los rostros sufrientes de hoy? ¿Existen rostros sufrientes *dentro de nuestra misma Iglesia*? Hay rostros cansados, desanimados pero esperanzados de que otra Iglesia sigue siendo posible. El desafío que brota de la fe considera poseer una sensibilidad especial para reconocer el dolor y compartir las experiencias de sufrimiento de los otros. Es así como Metz afirma que

“esta elemental sensibilidad hacia el sufrimiento de los demás caracteriza el *nuevo estilo de vida de Jesús* (...) esta sensibilidad es la expresión de aquel amor al que Jesús se refería cuando hablaba de la inextricable unidad entre el amor de Dios y el amor al prójimo: la pasión por Dios como compasión, como mística política de la *compassio*”<sup>15</sup>.

Al ser una mística política de la compasión, evidenciamos que el con-dolernos y con-alegrarnos con los otros no se queda encerrada en el ámbito privado de la vida, sino que también debe radicarse en la vida pública, en la vida política y sobre todo en la vida eclesial. Es allí donde Metz propondrá la compasión como la reforma que debe afectar la vida de toda la comunidad creyente, de la Iglesia, reforma basada en la imagen del “elefante católico”.

### 3. El “elefante católico” como imagen de la Iglesia de la compasión

¿Qué es lo primero que se nos viene a la mente cuando hablamos de un *elefante*? Animal grande, piel que demuestra cuán viejo puede ser, pero sobre todo memoria, la tan conocida “memoria de elefante”. Desde esta última consideración paquidérmica, Metz busca sentar sus reflexiones teológicas desde su propuesta de un programa universal de reforma eclesial basada en la compasión. Su intención es finalmente hablar de la

<sup>14</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 164.

<sup>15</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 165. Las cursivas son propias.

Iglesia de la compasión, de la Iglesia que vive desde la *memoria passionis* y de la sensibilidad del sufrimiento ajeno y a la teodicea. Sostiene el teólogo alemán:

“nuestra mirada se enfocará de inmediato a un tema fundamental de la reforma de la Iglesia que intento formular al hilo de la explicación de la metáfora de los elefantes católicos: percepción y superación de la tendencia de la Iglesia a la autoprivatización en el pluralista espacio público de nuestra sociedad todavía moderna o transmoderna”<sup>16</sup>.

Aquí Metz recoge el hilo de reflexiones que han venido constituyendo su propuesta de teología política: por una parte, criticar la privatización de la Iglesia la cual identifica como nacida en la época de la Ilustración. Ahora, ya no es la Ilustración la época en la cual la Iglesia tiende a privatizarse, sino que es la sociedad moderna o transmoderna, época marcada por un fuerte pluralismo.

El pluralismo puede ser interpretado ya sea como un problema para la transmisión de la fe o también como una oportunidad para realizar una renovada evangelización. También puede representar la posibilidad de pensar una teología que vaya acorde a los tiempos cambiantes que nos toca vivir. Joaquín Silva reconoce cinco manifestaciones del pluralismo: a) el derrumbe del modelo de cristiandad que caracterizó a la edad media occidental, b) el florecimiento de las ideologías, c) la fuerza ilimitada del pensamiento científico y de sus propias convicciones; d) la pérdida de las competencias de la Iglesia en ámbitos que antaño eran incuestionables; y e) la relación que se estableció entre el pluralismo y el relativismo de corte radical, en donde nada es bueno ni malo<sup>17</sup>. Es en medio de estos constituyentes de la época pluralista en donde la Iglesia tiene una oportunidad nueva, en donde la teología puede dialogar con las nuevas ideologías, formas de pensamiento y cultura.

Entonces ¿cómo ha de anunciarse y testimoniarse el Evangelio en una sociedad pluralista? La respuesta de Metz es: desde la compasión, la cual es entendida como “una exagerada provocación, como es el cristianismo en general, como lo es el seguimiento, como lo es el propio Dios”<sup>18</sup>. La compasión es la memoria provocativa de Jesús de Nazaret, quien puso su mirada en el sufrimiento de los demás para desde estas historias de dolor extraer oportunidades de humanización, para actuar graciosamente en ellos, con ellos y entre ellos. Y por ello se ha de comprender que la compasión no es una santidad o un heroísmo fuera de lugar, un patrimonio reservado sólo a unos pocos, sino que es, y como dice Metz, “algo que se le pueda exigir a todo el mundo, una virtud cotidiana, una virtud básica de los cristianos, sin la cual los elevados tonos de las declaraciones eclesiales sobre la globalización degenerarían en una estéril normatividad”<sup>19</sup>.

El que la compasión sea una *virtud básica de todos los cristianos*, nos vuelve a poner en la perspectiva de una eclesialidad vivida en clave de *compassio*, de una expe-

<sup>16</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 184.

<sup>17</sup> J. SILVA, “La Iglesia ante el pluralismo: una oportunidad histórica para la fe”, en *Actas de la V Jornada Anual de la Sociedad Chilena de Teología*, San Pablo, Chile 1995, 61-93, 71-77.

<sup>18</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 184.

<sup>19</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 185.

riencia de fe en el Dios compasivo que viene a superar las estériles normatividades, las ideas religiosas preconcebidas, nuestros deseos de encasillar a Dios bajo nuestros parámetros e intereses. Desde el momento en el que la compasión supera todas estas cerrazones, viene a constituirse en un discurso provocativo, en prácticas humanas que desbaratan lo ya establecido.

Dicha experiencia de eclesialidad acontece como profético torbellino que exige a los creyentes no dar la espalda al mundo ni al sufrimiento en él presente. Más bien, los invita a vivir la ya mencionada “mística de los ojos abiertos”, que no es otra cosa que actualizar “las alianzas y los proyectos de base animados por la *compassio*, que se sustraen a la actual corriente de cultivada indiferencia y pulcra apatía y se niegan a vivir y celebrar la felicidad y el amor exclusivamente como autobombo narcisista”<sup>20</sup>. Y esta compasión antiprivatizante es presentada bajo la imagen del *elefante católico*.

¿En qué sentido Metz habla de la Iglesia como un elefante? En primer lugar, una connotación cuantitativa, por la cual la Iglesia es una institución grande y voluminosa como un elefante, esto en virtud de los millones de fieles que se identifican y se sienten parte de ella. Estos millones de fieles hacen que la Iglesia se entienda como una institución culturalmente policéntrica, una comunidad global, extendida y dispersa por todo el mundo. Esto, a juicio de Metz, constituye para la Iglesia un proceso complejo, ya que “por primera vez está en trance de convertirse en una Iglesia realmente mundial, con múltiples raíces culturales”<sup>21</sup>. El Concilio Vaticano II demuestra cómo esta Iglesia es verdaderamente universal, católica. Y es a partir de dicha amplitud que Iglesia debe renovar sus tareas de diálogo con el pluralismo, sobre todo porque la comunidad creyente ahora se comprende como plural y policéntrica, tanto en la praxis pastoral como en el mismo quehacer teológico.

El segundo motivo para hablar de la Iglesia en términos paquidérmicos, es sostener que ella posee memoria de elefante, los cuales “no olvidan, guardan recuerdo de todo. Gracias a su memoria de elefante, la Iglesia tiene naturaleza rememorativa”<sup>22</sup>. A esta memoria proverbial se contraponen los enamorados del olvido, los que traicionan la memoria, los que tienen miedo al potencial subversivo de los recuerdos. En este sentido sostiene Metz que

“la esclavitud del hombre comienza cuando se le quitan sus recuerdos. Aquí reside el principio y fundamento de toda colonización. Todo levantamiento contra la opresión se nutre de la fuerza subversiva que late en el sufrimiento hecho recuerdo”<sup>23</sup>.

Es gracias a la comprensión paquidérmica de la memoria que la Iglesia mantiene la esperanza de aquellos que optan por la hermenéutica anamnética, la cual

<sup>20</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 185.

<sup>21</sup> J.B. METZ, *Por una mística de ojos abiertos*, 101.

<sup>22</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 188.

<sup>23</sup> J.B. METZ, “El futuro a la luz del memorial de la pasión. Una forma actual de la responsabilidad del creyente”: *Concilium* 76 (1972) 317-334, 323.

“proporciona una reserva de conocimientos de vital importancia, decisivos para la supervivencia (...) así la tan lenta como robusta memoria de elefante de la Iglesia en la forma de *memoria passionis* puede convertirse en una memoria provocadora en el seno de nuestra opinión pública, amenazada de amnesia cultural”<sup>24</sup>.

Una tercera connotación sobre el elefante católico, aunque de corte negativo, es sostener que la Iglesia es obstinada como los paquidermos, sobre todo en el temor al *aggiornamento*, a lo nuevo. Se enfrenta una visión más tradicional y conservadora con una visión que busca extraer las oportunidades que la nueva cultura le presente a la Iglesia. Si la Iglesia quiere ser verdaderamente Pueblo de Dios, como ha sido el querer del Concilio Vaticano II, debe experimentar un real empoderamiento de su propia naturaleza, empoderamiento que vaya superando el temor a dicha, entrecomillas, novedad, y decimos tal cosa porque lo que hizo el Concilio fue volver sobre las fuentes bíblicas y patrísticas donde ya se habla de la Iglesia como Pueblo.

El temor a lo nuevo, el no querer reconocer la necesidad de dialogar con el pluralismo de nuestra época, representa una actitud contraria a la libertad que nos viene del Espíritu (Cf. Jn 3,8) y para la cual nos liberó Cristo (Cf. Gal 5,1). Creo que en la Iglesia temor se confunde con respeto. El respeto es reconocer en el otro a alguien que se ha validado como guía, como pastor, como maestro. El temor por el contrario es el considerar que algo perjudicial o negativo ocurra o haya ocurrido. El paso que nuestra Iglesia ha de dar es uno que pase del temor a la libertad como expresión de la presencia del Espíritu en medio de la comunidad. Libertad para disentir, para proponer, para responsabilizarnos, para construir una Iglesia adulta.

En este sentido, es interesante lo que sostiene Metz cuando dice que la autoridad eclesíastica continuará la estéril normatividad si antes no

“tiene en cuenta la autoridad de los propios creyentes y no se limita a proclamar el *sensus fidelium*, sino que lo respeta. Al fin y al cabo, también para la vida eclesial vale lo siguiente: sólo quien camina erguido puede arrodillarse de forma voluntaria y dar gracias con alegría”<sup>25</sup>.

Sólo así estaremos construyendo una Iglesia adulta, responsable y compasiva, que no se limite a proclamar sino que haga vida aquello que constituye la novedad que supera el obstinado temor del elefante.

Una siguiente característica del elefante que Metz se propone rescatar es su sensibilidad. Ya habíamos hecho referencia a ella, por cuanto el creyente vuelve su mirada al mundo y a los sufrimientos de los otros. Es en este sentido en que comprendemos que “esa alma del elefante católico, esa especial sensibilidad de la Iglesia, es dicho brevemente, la mística política de la *compassio*: una Iglesia de la com-pasión como expresión viva de su pasión por Dios”<sup>26</sup>. En otras palabras, se cree en Dios de manera eclesial, y se

<sup>24</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 188.

<sup>25</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 190.

<sup>26</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 191.

actúa compasivamente con los otros desde esa misma eclesialidad, la cual se ubica irremediabilmente dentro del espacio público. Es ahí, en medio de la sociedad pluralista donde el paquidermo debe volver a hablar de Dios, siempre en clave de compasión. Es también el desafío de la ecúmene de la compasión.

#### 4. Hablar de Dios en la sociedad pluralista

Para Metz, la época actual se caracteriza como “un tiempo de pluralismo constitutivo”<sup>27</sup>, en el cual confluyen distintos mundos religiosos y culturales. Esta expresión es recurrente, sobre todo en la época de sus obras de madurez: *Por una mística de ojos abiertos*, *Dios y tiempo* y *Memoria passionis*. Su teología política ahora busca dialogar con la cultura posmoderna, o también llamada por él como transmoderna. ¿Qué características tiene este tiempo marcado por el fuerte pluralismo? M. Omar Ruz comenta que “el pluralismo actual tiene una tendencia a rechazar cualquier tipo de *auctoritas*, importa el pensamiento fragmentado y no tanto una verdad cuanto una pluralidad de verdades que se hacen fuertes, en todo caso, por un consenso”<sup>28</sup>. Es en esta época dominada por el fragmento, por la confluencia de ideologías, cosmovisiones e interpretaciones sobre el mundo, el hombre y Dios, en donde la fe cristiana, la Iglesia y la teología deben volver a hablar del Dios de Jesucristo, dando cuenta de qué es lo propio del cristianismo, y cómo esa identidad promueve la construcción de una sociedad más humanizada.

Asumir el desafío de proponer una praxis transformadora, involucra la tarea de la construcción de una ética que, en virtud del pluralismo, pueda ser aceptada por estos diversos mundos religiosos y culturales. Ahora bien, Metz es consciente de que en nuestra era globalizada “cualquier universalismo ético en la orientación de acciones y conductas cae en la sospecha de un totalitarismo moral contrario al pluralismo”<sup>29</sup>.

Aquí Metz está pensando sobre todo en la propuesta de Hans Küng y su proyecto de ética mundial, que busca el logro de un consenso moral como base de las relaciones intersubjetivas. A su juicio, la propuesta de Küng presenta un vacío en el sentido de que “desde un punto de vista estrictamente teológico y no sólo de política religiosa, el universalismo moral no es un producto del consenso”<sup>30</sup>, sino que se debe al reconocimiento de una autoridad que es común a todas las religiones y a todas las culturas. Esta autoridad no es para Metz un individuo en solitario, sino que un amplísimo grupo humano, a saber, los que sufren.

Es una realidad que para buena parte de las religiones y de las culturas, los que sufren y los pobres representan un sujeto social hacia el cual se proyectan, o se debiesen proyectar todas las políticas sociales. Lo que Metz busca con su teología política es proponer una nueva sensibilización ante la historia del sufrimiento de los otros, no sólo de los cercanos, sino también de los extraños y extranjeros, de aquellos que no pertenecen a nuestro grupo. Con lo anterior se provoca una ampliación del campo mismo de la

<sup>27</sup> J.B. METZ, *Dios y tiempo: Nueva teología política*, Trotta, Madrid 2002, 223.

<sup>28</sup> M. OMAR RUZ, *Teología política*, 181.

<sup>29</sup> J.B. METZ, *Dios y tiempo*, 224.

<sup>30</sup> J.B. METZ, *Dios y tiempo*, 229.

eclesialidad, ya que dejamos de buscar el provecho sólo para nuestra pequeña comunidad, y buscamos ampliar la vista y el oído para auscultar la memoria y la narración de otras muchas comunidades.

Ahora bien ¿qué supone pensar una eclesialidad de la fe vivida como apertura del corazón, como un abandono del narcisismo, de la reducción visual y auditiva? Significa asumir la compasión como programa eclesial, teológico, pastoral y político, como vehículo de la consecución de un proyecto global, común a todas las religiones y culturas, ya que en todas ellas la compasión aparece como una virtud cotidiana, como una praxis cultural y también cultural. De esta manera se estará construyendo un discurso sobre Dios que sea válido para todos y por ende incluyente, discurso que a su vez respeta la identidad propia del cristianismo. Es así como podemos comenzar a hablar de la llamada *ecumene indirecta de las religiones*.

¿A qué hacemos referencia con éste concepto acuñado por Metz? El mismo autor nos ayuda a comprenderlo. Para él esta *ecumene* “no consiste en una igualación directa conjunta y mutua de las religiones, sino en una praxis de responsabilidad común, en la oposición común a las causas del sufrimiento injusto del mundo”<sup>31</sup>.

Pero aquí es donde surge un problema no menor, ya que muchas religiones, sobre todo las orientales, no consideran el tema del sufrimiento a la manera del cristianismo. ¿Qué pasa entonces con la *ecumene indirecta de las religiones*? Pareciera que Metz sólo está pensando en las religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islam), pero no en otras manifestaciones religiosas. Entonces queda la pregunta de cómo vivir la mística de la compasión, tal y como la entiende el cristianismo, pero en diálogo con otras formas y tradiciones religiosas que no consideren necesariamente los conceptos de sufrimiento, resurrección, vida eterna.

Entonces hay que volver a preguntar: ¿qué es lo propio del cristianismo que puede ser ofrecido a esta sensibilidad universal ante el sufrimiento de los otros? En primer lugar, la consideración de que el cristianismo proclama un monoteísmo sensible al sufrimiento, lo cual viene a considerar que Dios se compadece del dolor de su criatura. Con esta respuesta a la teodicea, Metz comprende que

“el discurso sobre el Dios de Jesús no es expresión de un monoteísmo cualquiera, abstracto y ahistórico, sino de un monoteísmo débil, vulnerable, caracterizado por la empatía. Se trata, en esencia, de un discurso sobre un Dios sensible al sufrimiento”<sup>32</sup>.

Este discurso sobre el Dios que se compadece o el discurso sobre la *memoria passionis*, sólo puede verificarse como palabra de una religión con pretensiones de universalidad desde la autoridad de los que sufren. De esta manera, sostiene Metz, la *ecumene* de la compasión “no representaría tan sólo un acontecimiento religioso, sino que sería también un acontecimiento político en la era de la globalización, una política universal consciente”<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> J.B. METZ, *Dios y tiempo*, 230.

<sup>32</sup> J.B. METZ, *Memoria passionis*, 163.

<sup>33</sup> J.B. METZ, “La *ecumene* de la compasión”, en *Lo más importante para la Iglesia*, ed. por A. FILIPPI Y F. STRAZZARI (eds.), Sal Terrae, Santander 2001, 143-144, 143.

A partir de la idea de la inculturación propuesta por el Vaticano II en *Ad Gentes*, Metz sostiene que la Iglesia no es algo preexistente a las culturas ni a la historia, sino que ella posee el desafío de ser siempre una Iglesia inculturada, una comunidad creyente que se pone a dialogar con todas las comunidades humanas, las cuales deben ser reconocidas por la comunidad creyente. La Iglesia que dialoga no busca imponer su doctrina o su teología, sino que busca proponer su programa universal basado en la compasión. Así,

“la cultura – bíblicamente fundada – del reconocimiento de los demás en su alteridad no persigue la transfiguración de los otros que nos resultan extraños. No obstante, sí hace posible que la tendencia a la universalidad interiorizada por el espíritu europeo se vincule de modo prometedor con la sabiduría y las experiencias y recuerdos de sufrimientos propios de otras culturas”<sup>34</sup>.

De esta manera se va creando la conciencia de que la Iglesia, si quiere ser verdaderamente universal, deberá madurar su policentrismo cultural, que supone el respeto por el pluralismo constitutivo de la época presente.

Finalmente, una mención sobre la tarea propia de una teología que dejó de configurarse como europea, y dio el salto hacia el policentrismo. Metz recuerda que el concepto que tenemos de teología es de carácter etnocéntrico, es europeo-occidental, y que actualmente existen teologías no europeas, que vienen a posibilitar el pluralismo teológico. ¿En qué sentido el pluralismo teológico constituye una oportunidad para hablar de Dios en las actuales condiciones religiosas y culturales? La coexistencia de distintas teologías y de métodos teológicos, europeos, latinoamericanos, asiáticos, africanos, de comunidades emergentes, entre otros, nos permite comprender que la teología pudo insertarse en distintas culturas, de las cuales tomó sus propios elementos logrando así la inculturación, en la cual se mantiene como principio unificador la única fe de la Iglesia.

La pluralidad de teologías permite crear una polifonía teológica, que viene a superar un espíritu reaccionario a modo de uniformismo, de *ghetto*, de integristismo los cuales vendrían a hacer que la teología renuncie a su misión creativa, la cual busca la actualización del Misterio en los nuevos lenguajes de esta época constitutivamente plural. Sólo así se logrará que la teología cristiana se comprenda como policéntricamente cultural, como mensaje válido para todas las culturas, como elemento propio de la propuesta de la *compassio*.

## 5. Recapitulación

1. *Memoria passionis* representa el intento de Johann Baptist Metz de hablar de Dios en medio del contexto posmoderno. Los temas fundamentales de esta obra de madurez de este autor son la pregunta por el sufrimiento de los otros, es decir, la cuestión de la teodicea, la importancia de la *memoria passionis*, del recuerdo de la pasión y muerte de Jesús de Nazaret, el padecer por Dios y el consecuente padecer con aquellos que

<sup>34</sup> J.B METZ, *Memoria passionis*, 241-242.

sufren. *Memoria passionis* rescata además temáticas presentadas en la obra programática *La fe en la historia y la sociedad*, pero ya no en el contexto moderno, sino en el de la cultura constitutivamente plural.

2. La *memoria passionis*, el hacer memoria del sufrimiento de los otros, significa comprender que la misión del cristianismo se basa en la cultura de la empatía, del reconocimiento de los otros en su alteridad, de la búsqueda de una ética de la convivencia, no sólo con los otros que conocemos, sino que también con aquellos que aparecen como enemigos. Estas temáticas de la empatía, del reconocimiento y de convivialidad fundamentan el sentido primero de la eclesialidad de la fe. La historia del sufrimiento de los otros, exige que el creyente asuma la compasión como praxis constitutiva del cristianismo, a la vez que como sentido auténtico de la eclesialidad.

No se puede limitar una consideración sólo en torno al dolor del sujeto individual, sino que se ha de aprender a con-dolernos y a con-alegrarnos con el dolor y la alegría de los otros, de aquellos que posibilitan la comunitariedad de la fe. Esta compasión debe pasar a su vez por el cedazo de los ojos y del oído, por una ampliación de la mirada y de la escucha para poder reconocer en los que sufren la huella de Dios. Esto sólo se logra si se coloca la mirada de la Iglesia en sintonía de la mirada de Jesús, el cual no se fijó sólo en el pecado de sus interlocutores, sino que primeramente se compadeció de sus sufrimientos. El Dios revelado y anunciado por Jesús, y las actitudes de acogida y misericordia manifestadas por el Enviado, vienen a constituir el verdadero fundamento de la eclesialidad de la compasión.

3. Esta compasión aparece para Metz como el fundamento del programa de reforma eclesial que busca lograr la teología política. Para ello presenta una imagen metafórica, a saber, la del “elefante católico”. La Iglesia es asemejada a un paquidermo por tres cuestiones fundamentales: en primer lugar, por su tamaño, por los millones de fieles que la componen haciendo de ella una institución universal. En segundo lugar, por su obstinación, en el sentido de que la Iglesia aún vive con un cierto temor por lo nuevo, por el *aggiornamento*. Este temor debe ser superado en vistas a la libertad propia de los hijos de Dios y de la Iglesia que buscan la construcción de una comunidad adulta y responsable. Y en tercer lugar por el uso de la memoria. La Iglesia se comprende como una comunidad de memoria y narración, elementos que son puestos al servicio del discurso sobre el Dios cristiano en medio de esta sociedad constitutivamente plural.

4. *Memoria passionis* buscó fundamentar el discurso cristiano en las actuales condiciones de pluralismo cultural y religioso. Para ello, Metz buscó articular un programa universal que, superando el programa ético de H. Küng, viniese a dialogar con todas las culturas desde la identidad propia del cristianismo. Este programa fue el de la compasión. Para poder dialogar con las culturas y las religiones, Metz propone la llamada *ecumene indirecta de las religiones*, la cual busca el reconocimiento de que en todas las tradiciones religiosas y culturales el sufrimiento de los otros, la mística del sufrimiento, es un tema aceptado universalmente. Pero se ha visto que este programa posee limitaciones, sobre todo al momento de considerar otras tradiciones religiosas fuera de los monoteísmos clásicos. Pensar el tema del sufrimiento en todas las religiones

representa un reto al pluralismo religioso que Metz no responde. Pareciera que sólo reduce la compasión ante el sufrimiento a las tradiciones judías y cristianas. Del Islam tampoco hace referencia.

Los que sufren poseen autoridad, la cual se manifiesta en las acciones emprendidas para subsanar sus carencias y dolores. En esta *ecumene*, el cristianismo propone el llamado monoteísmo vulnerable, el cual predica a un Dios que es sensible al sufrimiento de su criatura, lo cual posibilita la comprensión del cristianismo como religión universal. En vistas a este hablar de Dios en la sociedad pluralista, la teología debe asumir también el pluralismo desde la consideración de una teología no sólo nacida en Europa, sino que ha de considerar la polifonía teológica que nace de los países del Tercer Mundo y de las comunidades eclesiales emergentes. Desde la unidad que da la fe a las distintas teologías y a sus métodos, se podrá comprender que la eclesialidad de la fe cristiana también posee un correlato desde un claro sentido de universalidad.